

# EN TODAS PARTES Y SIN EMBARGO OLVIDADO

## Volumen 6 – Sermón No. 326

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 9 DE JULIO DE 1860,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EXETER HALL, STRAND**

***“¿Qué cosa de todas estas no entiende que la mano de Jehová la hizo? En su mano está el alma de todo viviente, y el hálito de todo el género humano.”  
Job 12:9-10***

Estos versículos aparecen en la respuesta de Job a Zofar el naamatita. Job tenía sus defectos, pero ciertamente aparece con menos defectos en este diálogo que aquellos tres hombres que trataban de reprenderlo y condenarlo por error. Zofar el Naamatita tenía la más alta opinión de su propia sabiduría personal. Se dirigió a Job como si hubiera sido un inferior, y en el undécimo capítulo empleó un lenguaje que, aunque extremadamente bello, debió de resultar muy irritante al oído de un doliente como Job, pues se trata de un discurso lleno de lenguaje altisonante, en el que abundan la poesía y las imágenes nobles, pero que contiene poco sentido sólido y menos simpatía.

Estando Job sumamente irritado tanto con el estilo como con la materia del discurso de Zofar, comienza inmediatamente a arrancarle sus plumas y a hacer pedazos su fino lenguaje. Con ironía mordaz, Job grita desde su estercolero: "Sin duda, vosotros sois el pueblo, y la sabiduría morirá con vosotros. Pero yo tengo entendimiento tanto como vosotros; no soy inferior a vosotros; ¿y quién habrá que no pueda decir otro tanto?".

Has expresado en lenguaje florido cosas que un observador ordinario podría descubrir. Has señalado el cielo arriba, y la profundidad abajo, para probar una verdad que el insecto en la tierra podría decirte, y que los peces del mar podrían proclamar. "Pregunta ahora a las bestias, y ellas te enseñarán; y a las aves del cielo, y ellas te lo dirán; o habla a la tierra, y ella te enseñará; y los peces del mar te lo declararán. ¿Qué cosa de todas estas no entiende que la mano de Jehová la hizo?".

Aquí hay mucho temperamento, pero también mucho sentido común. Ojalá tuviéramos otro Job para reprender el lenguaje altisonante de los teólogos modernos.

Están surgiendo entre nosotros hombres que, si no son herejes en doctrina, son extraños en su lenguaje. Son hombres descritos por los viejos predicadores que dicen: "¡noten!" y no hay nada que notar, y que gritan: "¡observen!" y no hay nada que observar, excepto la falta de todo lo que vale la pena observar.

Conocemos ministros que no pueden hablar en el idioma común de la humanidad, sino que tienen que adoptar la jerga de Carlyle, que pone el lenguaje de cabeza y antepone la última palabra. Estos hombres deben hacer que el idioma inglés sea esclavo del alemán; el glorioso gran sajón debe ceder a sus herejías y ocultar las profundidades de sus falsedades. Ruego a Dios que llegue el momento en que algún hombre pueda desenmascararlos, en que todas esas alas se rompan y todas esas vejigas se pinchen, en que si los maestros tienen algo que decirnos, lo digan de modo que todos puedan entenderlo. Si no pueden usar un lenguaje sencillo, que sus lenguas vayan a la escuela hasta que lo aprendan.

Hay algo tan tentador y a la vez tan endeble en la escuela teológica moderna, que me siento obligado a advertirles constantemente contra ella. Su misterio es absurdo, y su profundidad es pomposa ignorancia. No hay teología en ella, es un recurso fútil para ocultar la falta de conocimiento teológico. Un hombre con una educación que puede ser completa en todos los aspectos excepto en aquel en el que debería sobresalir, se levanta y enseñaría a los cristianos que todo lo que han aprendido a los pies de Pablo ha sido un error, que se ha descubierto una nueva teología, que las antiguas frases que hemos usado están desfasadas, los credos antiguos rotos.

Pues bien, ¿qué haremos con este sabio y sus colegas sabios? Sírvales, dondequiera que te encuentres con ellos o con sus discípulos, como Job hizo con Zofar, ríete de ellos, haz pedazos su lenguaje y recuérdales que las mejores cosas que nos cuentan no son más que lo que los peces del mar o las aves del cielo sabían antes que ellos, y que sus descubrimientos más grandiosos no son más que trivialidades que cualquier niño ha conocido antes, o bien son herejías que deberían ser barridas de la tierra.

La doctrina sobre la que hablaba Job era ésta: quería demostrar que el hecho de la presencia de Dios en todas las cosas era tan claramente discernible, que los hombres no necesitan tomar prestada el ala del águila para subir al cielo, ni necesitan entrar en las entrañas del leviatán para encontrar un vehículo por donde entrar en las profundidades del mar. "No", dijo, "no, la presente Deidad la proclaman las bestias". La existencia actual y la obra constante del Dios Eterno es cantada por las mismas aves del cielo, y los peces mudos del mar saltan, y en sus alegres saltos, parecen decir: "Suyo es el mar, y él lo hizo".

Esta doctrina deseo exponerla esta mañana, o mejor dicho, así quiero hablar de ella. Primero, la mano presente de Dios en todas partes del universo, segundo, nuestra dependencia presente y completa de esa mano de Dios, y luego aprendamos algunas lecciones útiles de todo el tema de la providencia divina.

### I. La primera doctrina es ***la mano presente de Dios***.

1. Que hay un Dios, no necesitas que te lo demuestre; que Dios está aquí, allí y en todas partes, también lo crees firmemente. Pero, ¡ay! una cosa es creer en esta verdad, y otra muy distinta es recordarla perpetuamente. Podemos escribirla mucho más fácilmente en las tablas de nuestro credo que en las tablas de nuestra memoria. De hecho, ésta es una de las doctrinas que todos los hombres olvidan constantemente, e incluso los justos pueden detenerse a menudo porque comienzan a degenerarse en necios que dicen en sus corazones: "Aquí no hay Dios".

Es extraño que el nombre del Señor esté escrito en todas partes tan claramente que hasta los ciegos puedan verlo, y sin embargo el hombre esté tan doblemente en oscuridad que no observa a su Dios ni siquiera donde Dios es más manifiesto y visible. Creo, hermanos míos, que este olvido de Dios está creciendo en esta generación perversa. Hubo un tiempo, en los viejos tiempos puritanos, en que se consideraba que cada lluvia venía del cielo, en que cada rayo de sol era bendecido, y se daba gracias a Dios por haber dado buen tiempo para recoger los frutos de la cosecha. Entonces, los hombres hablaban de Dios como si lo hiciera todo.

Pero en nuestros días, ¿dónde está nuestro Dios? Tenemos las leyes de la materia. ¡Ay! Ay! que nombres con poco significado hayan destruido nuestra memoria del Eterno. Hablamos ahora de fenómenos, y de la cadena de acontecimientos, como si todas las cosas sucedieran maquinalmente, como si el mundo fuera un enorme reloj al que se le hubiera dado cuerda en la eternidad, y continuara funcionando sin un Dios presente. No sólo nuestros filósofos, sino incluso nuestros poetas desvarían del mismo modo. Cantan a las obras de la naturaleza. Pero, ¿quién es esa hermosa diosa, la naturaleza? ¿Es una deidad pagana o qué?

¿No actuamos como si nos avergonzáramos de nuestro Dios, o como si Su nombre se hubiera vuelto obsoleto? Vayas donde vayas, oírás hablar muy poco de Aquel que hizo los cielos, y que formó la tierra y el mar, pero todo es naturaleza, y las leyes del movimiento y de la materia. Y los cristianos, ¿no usan a menudo palabras que harían suponer que creían en la vieja diosa Suerte, o que descansaban en esa deidad igualmente falsa, la fortuna, o que temblaban ante el demonio de la desgracia?

¡Oh, que llegue el día en que se vea a Dios y poco más! Mejor, hermanos míos, que se perdieran los descubrimientos filosóficos, a que Dios se ocultara tras ellos. Mejor sería que nuestros poetas hubiesen dejado de escribir, y que todas sus encendidas palabras fuesen sepultadas con sus cenizas, a que sirviesen de nube ante el rostro del Eterno Creador.

Debemos volver de nuevo al recuerdo de nuestro Dios, y especialmente el verdadero creyente debe hacer sentir al mundano que el cristiano tiene un Dios con él, un Dios a su alrededor, y un Dios dentro de él, uno que es su compañero constante y su amigo. Actúad así, hermanos míos, para que los hombres se vean obligados a decir de vosotros: "Ese hombre tiene un Dios a quien observa en todos los acontecimientos de su familia, atribuyendo a Su mano divina cada enfermedad que cae sobre su hijo, y cada pérdida que le ocurre en su negocio". Hermanos míos, es una triste verdad que no hay nada más fácil de olvidar que la gran doctrina de que Dios está obrando en todas partes en medio de todos nosotros.

2. Ahora, permítanme proceder a decir que, aunque esta es una verdad tan frecuentemente olvidada, es un hecho de conveniencia universal. Dios obra siempre y en todas partes. No hay lugar donde Dios no esté. Puedes atravesar los silenciosos valles donde las rocas te encierran por ambos lados, hasta que sólo puedes ver una franja del cielo azul, puedes ser el único viajero que ha pasado por esa cañada, los pájaros pueden sobresaltarse asustados, y el musgo puede temblar bajo la primera pisada del hombre, pero Dios estaba allí desde antaño, sosteniendo esas barreras rocosas, llenando las copas de flores con su perfume, y refrescando los pinos solitarios con el aliento de Su boca.

O desciende si quieres a las profundidades más bajas del mar, donde el agua duerme imperturbable, y la misma arena está inmóvil en eterna quietud, pero los pasos del Señor están allí, reinando dentro del silencioso palacio del mar. Puedes tomar prestadas las alas de la mañana y volar hasta los confines del mar, pero Dios está allí. Sube al cielo más alto o sumérgete en el infierno más profundo, y Dios está en ambos, entonando cánticos eternos o gritando torturas eternas. En todas partes y en todos los lugares, Dios habita y actúa manifiestamente.

Y no sólo, amigos míos, en todo lugar, sino en todo tiempo, el Señor está presente. Desde el comienzo del año hasta su fin, allí está Dios. Sus ojos nunca duermen, Su mano nunca descansa. En las silenciosas vigilias de la medianoche, cuando la ciudad duerme, Dios es el centinela; y cuando el sol despierta y descorre las cortinas de la noche, el Señor está delante de él, sobre las aguas y sobre las cumbres blancas como la nieve de las montañas; y cuando llega de nuevo el mediodía, y todo el mundo está ocupado con su trabajo siendo Dios olvidado, Él está allí en medio de la multitud de los hombres, así como en los desiertos salvajes.

Todo lugar siente Sus pasos, y todo tiempo tiembla ante Su presencia. Desde la eternidad hasta la eternidad, oh Dios, Tú eres sensiblemente sentido en cada momento que pasa. Las pulsaciones del eterno mar del tiempo son causadas por Ti, y nunca hay un instante en que Tú hayas huido y nos hayas dejado solos.

Y como en todo lugar y en todo tiempo, así en todo acontecimiento está Dios. ¿Es la tierra sacudida por convulsiones internas? Es Dios quien mueve las montañas de un lado a otro. ¿O ríen los valles bajo el sol, y los labradores alegres llevan a casa sus cosechas? Dios está allí, manifiesto en la generosidad de su mano. Los mayores desastres políticos están predestinados, guiados y controlados por Dios. Cuando un Atila azota la tierra y enrojece su suelo con sangre, sus pasos están ordenados, dispuestos y predestinados, tanto como el vuelo del ángel eterno que tocará la trompeta del Evangelio y proclamará el año del Jubileo.

No hay acontecimiento, por bajo y vil que sea, por grande y bueno que sea, que no esté bajo la dirección del temible Supremo. Su dominio no tiene límites. Incluso el oscuro abismo del mal es atravesado por el puente de Su sabiduría. Viaja hacia adelante hasta que te parezca ir donde la bondad no se encuentra y la gracia está toda eclipsada, en la espesa oscuridad allí Él mora. Él hace de las nubes Su carro y pone como yugo los torbellinos a Su carro. Tened buen ánimo, amados, en todo acontecimiento podréis contemplar a vuestro Dios. Si la invasión asolara esta bella isla, si los tiranos pusieran el pie en el cuello de vuestras libertades, si las calles corrieran sangre, Dios sería incluso allí supremo, Su pueblo aún seguro.

Y si es así que Dios está en cada acontecimiento, permíteme recordarte que Dios está donde no hay ningún acontecimiento. Cuando hay una calma en las aguas y todo está estancado, cuando los asuntos políticos están tranquilos, cuando en el mundo menor de tu propia casa y de tu propia alma hay una calma sepulcral, tal vez el triste preludio de una tempestad, Dios está allí. Gran Dios, Tú estás en medio del desierto silencioso, donde ni siquiera el zumbido de la abeja perturba la espantosa solemnidad de la quietud. Estás muy abajo, en la hendidura de la roca, donde la criatura no podría vivir. Es más, en las entrañas del sólido diamante tienes Tu palacio, y bajo el oleaje del mar siempre agitado tienes un tabernáculo.

En el barranco desconocido, el desfiladero no atravesado, el Señor Jehová tiene Su morada. Él impide que las rocas se tambaleen hasta caer. Él llena esos ríos hasta corren a lo largo. Que Él quite Su mano, y los pilares de la tierra se tambalean hacia su caída, la creación se tambalea, y el universo expira. Como se apaga la chispa del acero, así muere la creación si Dios deja de estar presente en ella.

Oh, aprende entonces siempre, que no sólo en Sus hechos sino en Sus descansos, no sólo en Su actuar sino en Su permanecer quieto, Dios es más manifiesto para ti si lo ves, si tus ojos ungidos con colirio celestial no están sino abiertos para contemplar a vuestro Padre y a vuestro Rey. Bien puedo decir que ésta es una verdad que, aunque muy olvidada, tiene fuerza universal.

3. Permítanme proseguir un poco más y recordarles que ésta es una verdad digna de perpetuo recuerdo. No la vean como una mera especulación. Les ruego que no piensen en un Dios presente como un hecho en el que no tienen interés. Apenas hay una verdad en el ámbito de la revelación que sea más instructiva, provechosa y consoladora para el pueblo de Dios que ésta: un Dios presente en todo. Vengan, permítanme mostrarles cuán digno es de ser recordado. Tú tienes muchas misericordias, tu Dios está en todas ellas. ¿No endulza ese pensamiento el pan que comes? ¿No dará sabor al agua que bebes? El aire que respiras, la ropa que llevas puesta, Dios está en cada uno de ellos.

Ve a tu hogar, donde moran tus mejores placeres, tu propio dulce hogar, aunque nunca sea tan hogareño, y cuando mires tus misericordias di: "Veo aquí a mi Dios misericordioso". Pon tu mirada en los niños que balbucean subiendo a tu rodilla, y recuerda que son una herencia del Señor. Mira a la que es compañera de tu seno, y ve el amor y la bondad de Dios en tan buen don. Mira toda la prosperidad que acompaña a tus negocios, mira tus cosechas crecientes y tus campos verdes, y ve a Dios en cada misericordia que recibes.

No quisiera tener la riqueza del mundano, pues es una riqueza que no vino de Dios, al menos en lo que a él concierne, no vino de la mano de un Padre. Pero, ¡oh!, tener beneficios, cada uno de los cuales huele al tesoro del que salió, mirar tu oro y tu plata, es más, tus propios peniques, y ver la huella de tu Dios estampada allí más claramente que la imagen del propio César, sentarte a tu mesa y comer y beber, y sentir que cada comida es un sacramento, que cada manto que usas es una vestidura enviada del cielo, que en todas estas misericordias está la mano de un Dios de pacto, cumplidor de promesas, eso te hará vivir una vida noble.

Los antiguos paganos consideraban que lo más grandioso que podían decir de un hombre era que un día comería en las mesas de los dioses. Hermanos míos, todos los días comemos en esas mesas. En la mesa de mi Dios banqueteo, y de su copa bebo. No tengo nada que no haya recibido de Él, el Señor me ha dado todo lo que tengo.

Pero si es muy dulce ver a Dios en nuestras misericordias, es muy consolador discernirlo en todas nuestras pruebas. No digas que estos son tiempos malos. No hay tiempos malos donde está Dios, pues su presencia dispersa todo lo que es malo. No digas que habitas en un lugar malo, no hay lugar malo para el hombre que habita con Dios. No pienses que te han sucedido circunstancias malas, parecen grandes en maldad, pero esas nubes se romperán en bendiciones sobre tu cabeza.

Oh, si pudieras mirar tus problemas como enviados de Dios, les quitarías la agudeza, y los convertirías de avispa que pican en abejas que recogen miel. Di ahora cuando tu familia esté enferma: "El Señor ha puesto su mano sobre mi esposa y sobre mis hijos"; y cuando tu tesoro se esfume, di: "El Señor ha puesto sus manos en mis arcas y las ha vaciado"; y cuando el barco naufrague, di: "El Señor ha echado mi nave sobre las rocas"; y cuando el maíz se eche a perder y no se recoja la cosecha, di: "El Señor ha enviado la lluvia del cielo. Él lo ha hecho".

Únete a Job, el autor de nuestro texto, y exclama: "Jehová dio y Jehová quitó, y bendito sea el nombre de Jehová". No consideres las causas segundas sino la causa primera, no la criatura que prueba sino el Creador que sostiene.

Si es agradable ver a Dios en nuestras pruebas, yo agrego que es muy oportuno recordarlo en nuestros peligros. Estar en el mar cuando cada madero cruje en el barco y cuando el mástil está tenso, y entonces sentir: "Él sostiene las olas en el hueco de su mano," estar en lugares donde el peligro es amenazante y terrible, y entonces decir: "El escudo de mi Padre está sobre mí", caminar en medio de la peste y la plaga, por los valles humeantes de miasma y malaria, y sentir que Dios contiene nuestro aliento, y que todas las flechas que la muerte haya guardado en su aljaba nunca encontrarán lugar en nuestro corazón hasta que Jehová se lo ordene.

¡Oh, estas cosas son dulces y agradables! Un hombre nunca está en peligro cuando siente esto. A la orden de Dios, a través de los dominios de la muerte y a través de los dominios del infierno, un hombre podría marchar seguro confiando en la voz que clama: "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios".

¡Un Dios presente! Hermanos míos, no puedo sugerir un tema que pueda infundirles más valor en tiempos de peligro y angustia. Creo que no necesito extenderme más sobre este punto, excepto para agregar que encontrarán sumamente útil y consolador descubrir a Dios en sus pequeñeces. Nuestra vida está hecha de pequeñeces, y si tuviéramos un Dios sólo para las cosas grandes y no para las pequeñas, seríamos verdaderamente miserables.

Si tuviéramos un Dios del templo y no un Dios de las tiendas de Jacob, ¿dónde estaríamos? Pero bendito sea nuestro Padre celestial, Aquel que da alas a un ángel guía un gorrión, Aquel que hace rodar un mundo moldea una lágrima y marca su órbita cuando gotea de su fuente. Hay un Dios en el movimiento de un grano de polvo soplado por el viento del verano, tanto como en los giros del asombroso planeta. Hay un Dios en el destello de una luciérnaga, tan verdadero como en el cometa llameante.

Llevad a vuestras casas, os lo ruego, el pensamiento de que Dios está allí, en vuestra mesa, en vuestra alcoba, en vuestro lugar de trabajo y en vuestro mostrador. Reconozcan el hacer y el ser de Dios en cada pequeña cosa.

Piensa por un momento, y encontrarás que hay muchas promesas de la Escritura que dan el más dulce consuelo en asuntos triviales. "A sus ángeles mandará que te guarden en todos tus caminos. Te sostendrán en sus manos". ¿Por qué? ¿Para qué no caigas de un precipicio? ¿Para qué no te precipites desde un pináculo? No, "No sea que tropieces con tu pie en una piedra". Un pequeño peligro, pero una gran providencia para protegernos de él.

¿Y qué dice también la Escritura? ¿Dice: "Los días de tu vida están contados"? No dice eso, aunque fuera verdad, sino que "los cabellos de tu cabeza están todos contados". ¿Y qué dice la Escritura, una vez más? ¿Acaso dice: "El Señor conoce a las águilas, y ni un águila cae a tierra sin vuestro Padre"? No, sino que se dice: "¿No se venden dos pajarillos por un cuarto de penique? y ni uno de ellos caerá en tierra sin vuestro Padre". Un Dios grande en las cosas pequeñas. Estoy seguro de que te ahorrarás un mundo de aflicciones si recuerdas esto, pues de allí vienen nuestras aflicciones.

A menudo nos ponemos de mal humor por una nimiedad, cuando una gran prueba no nos agita. Nos enfadamos porque nos hemos quemado con un poco de agua o hemos perdido un botón de la ropa, y sin embargo la mayor calamidad apenas puede perturbarnos. Sonreís, porque es verdad con todos vosotros. El mismo Job, que dijo: "Jehová dio, y Jehová quitó", pudo haberse enojado por alguna aspereza en su tiesto. Cuida de ver a Dios en las cosas pequeñas, que tu mente esté siempre tranquila y serena, y que no seas tan insensato como para considerar que una nimiedad pueda vencer a un santo de Dios.

**II.** Ahora, mis queridos amigos, habiendo presentado así la doctrina de un Dios presente en todas partes, permítanme recordarles el segundo encabezado: ***nuestra absoluta dependencia de un Dios presente en este mismo momento.***

Dependemos absolutamente de la voluntad y la complacencia de Dios para nuestra vida, nuestras comodidades, nuestros medios para disfrutar de nuestras comodidades, y especialmente para todas las bendiciones espirituales.

En primer lugar, nuestra vida depende enteramente de Dios. Uno ve extrañas vistas durante el viaje, escenas que nunca se borrarán de la memoria. Hace sólo unos días, justo debajo de una tremenda roca, vi una vasta masa de piedras rotas y tierra revuelta en salvaje confusión y levantada en enormes montículos. Mi conductor me dijo: "Ésa es la tumba de un pueblo".

Hace algunos años vivía en aquel lugar un pueblo alegre y feliz. Salían a su trabajo diario, comían, bebían, como hacen los hombres hasta el día de hoy. Una vez vieron una gran grieta en la montaña que se encontraba sobre sus cabezas, oyeron ruidos alarmantes, pero ya habían oído ruidos semejantes antes, y los ancianos dijeron: "Puede que se acerque algo, pero no lo sabían".



Sin embargo, de repente, sin previo aviso, toda la ladera de la colina se puso en movimiento, y antes de que el aldeano pudiera escapar de su choza, la aldea quedó sepultada bajo las rocas que cayeron. Y allí yace, y ningún hueso de hombre, ni pedazo de la morada del hombre ha sido jamás descubierto en los restos, todo fue completamente aplastado y enterrado, que ni por la búsqueda más diligente podría jamás ser descubierto.

Hoy en día hay muchos pueblos en una posición parecida. Pasé por otro lugar donde había una montaña con sus capas inclinadas hacia el valle. Un pueblo que había sido construido al pie de la montaña había sido enteramente cubierto, y un lago llenado por un tremendo deslizamiento desde la cima de la colina. Sin embargo, aún quedan casas nuevas, y los hombres se aventuran a vivir entre las tumbas de sus antepasados.

Somos propensos a decir: "Cómo esta gente debería levantar la vista cada mañana y decir: 'Oh, Señor, perdona a este pueblo'". Estando allí donde podrían ser aplastados en un momento, donde el más leve movimiento de la tierra en su interior derrumbaría la colina sobre ellos, deberían elevar sus corazones al que los preserva y decir: "Oh Tú, guardián de Israel, guárdanos día y noche".

Ah, pero amigos míos, vosotros y yo estamos en la misma situación. Aunque ningún peñasco escarabajo se cierne sobre nuestros hogares, aunque ningún prominente peñasco amenace con cubrir nuestra ciudad, sin embargo, hay mil puertas a la muerte. Además de éstas, hay otros factores que pueden precipitar a los mortales a sus tumbas. Hoy estáis sentados tan cerca de las fauces de la muerte como los aldeanos que allí moran. ¡Oh, si lo sintieras! Un aliento retenido, y estás muerto.

Tal vez tu vida esté mil veces en peligro a cada instante. Tantas veces como recorre la sangre, tantas veces como respiran los pulmones, tantas veces pende tu vida en tal peligro que basta que tu Dios lo quiera, para que caigas muerto en tu asiento, y te lleven fuera como un pálido cadáver sin vida.

Hay partes de los pasos de montaña de los Alpes tan peligrosas para el viajero, que cuando las atraviesas en invierno, los arrieros silencian los cascabeles de sus bestias, no sea que el más leve sonido provoque una avalancha de nieve y te arrastre al precipicio sin fondo que hay debajo. Entonces, se diría, el viajero debe sentir que está en manos de Dios.

Ay, pero tú estás en la misma posición ahora, aunque no lo veas. Sólo abre los ojos de tu espíritu, y podrás ver la avalancha que hoy se cierne sobre ti, y la roca que tiembla a su caída en este mismo momento. Sólo deja que tu alma contemple los relámpagos latentes que Dios oculta en Su mano, y pronto podrás ver que aplastar un mosquito con el dedo no es tan fácil para ti, como para Dios quitarte la vida ahora, o cuando a Él le plazca.

Como sucede con nuestra vida, hermanos míos, así sucede con las comodidades de la vida. ¿Qué sería de la vida sin sus comodidades? Mucho más, ¿qué sería sin sus necesidades? Y, sin embargo, ¡cuán absolutamente dependemos de Dios para el pan que es el sostén de la vida! Nunca sentí más verdaderamente la dependencia del hombre de su Dios que el viernes de la semana pasada. Al pie del paso alpino del Splügen, vi a lo lejos todo el camino negro, como si hubiera sido cubierto con montones de tierra negra.

Al acercarnos, descubrimos que se trataba de una masa de langostas en plena marcha, decenas de miles de miríadas. A medida que nos acercábamos, se dividían con la misma regularidad que un ejército y hacían sitio al carruaje. Apenas lo pasamos, las filas volvieron a llenarse y prosiguieron su marcha devoradora. Avanzamos varias millas, y no había nada que ver excepto estas criaturas, que literalmente cubrían el suelo aquí y allá en gruesas capas como una lluvia de nieve negra.

Entonces me di cuenta del lenguaje del profeta: "Delante de ellos era como el Edén; detrás, un desierto". Se habían comido toda brizna verde. Allí estaba el maíz indio con sólo los tallos secos, pero toda partícula verde había desaparecido. Al frente de su marcha se veían las vides que empezaban a madurar y los campos de grano que se apresuraban a la perfección.

Allí estaba el pobre campesino, a la puerta de su casa; el trigo que había plantado y las vides que había cuidado debían ser devorados ante sus ojos. Los pastos estaban literalmente muertos con estas criaturas salvajes. Cuando entraron por primera vez en el campo, había pastos verdes para las vacas de los pobres aldeanos; dejad que se detengan allí una hora, y podríais levantar el polvo a puñados, y no quedaría nada más.

"¡Ah!", dijo mi guía, "es algo triste para esta pobre gente, dentro de un mes esas criaturas serán tan grandes y largas como mi dedo, y entonces se comerán los árboles, las moreras con las que los pobres hombres alimentan a sus gusanos de seda, y que les proporcionan un poco de riqueza, devorarán todo lo verde hasta que no queden más que los tallos secos y desnudos". En ejércitos incontables como las arenas del mar, y feroces a la vista, bien descrito por el profeta Joel, en su terrible cuadro de ellos, como "un gran ejército del Señor".

Ah, pensé para mis adentros, si Dios puede barrer así este valle y convertirlo en un desierto con estas pequeñas criaturas, qué misericordia que sea un Dios bondadoso y generoso, pues de lo contrario podría desatar lo mismo sobre todos los pueblos de la tierra, y entonces nada nos miraría a la cara más que el hambre, la desesperación y la muerte.

Tal vez me digas: "¡Ah! pero aquí no esperamos a las langostas, recogeremos alegremente nuestras cosechas". No os precipitéis. Dios nos ha estado enseñando durante los dos últimos meses nuestra absoluta y entera dependencia de Él.

Que esta lluvia continúe un poco más, que continúe hasta que lleguen las semanas señaladas para la cosecha, y ¿dónde estará entonces nuestra gente? Podéis abrir vuestras tiendas, ciudadanos de Londres, y podéis imaginar que la cosecha en el campo os afectará poco, pero el hambre os mira a la cara a menos que Dios retire las nubes y haga que el sol brille sobre nosotros.

Vendrán los días de los que hemos oído hablar a nuestros padres, cuando el pan era tal que no se podía comer, cuando no era lo bastante duro para que uno lo sostuviera en la mano, cuando tenías una corteza por fuera, y luego por dentro era una masa de gelatina, trigo nadando en agua, y no era capaz de ser comido por nadie excepto por aquellos azotados por el hambre. Lo mismo sucederá inevitablemente a menos que Dios retire esas nubes. Que la lluvia continúe mucho más tiempo, y apenas habrá cosecha, nada para que los hombres se alimenten.

Oh, queridos amigos, nunca sabemos de año en año cuán dependientes, cuán absolutamente dependientes somos de Dios. ¿Acaso no brota el maíz de la tierra, y no vive del pan todo hombre, desde el rey hasta el campesino? Y si ese bastón falla, ¿no debemos todos tambalearnos hasta el suelo con la delgadez en los huesos y la palidez en el rostro? Tú dependes de ese pan, y de ese alimento, y de todo lo que tienes, tan absolutamente de Dios como un prisionero en su calabozo depende de su guardián para el pan y el agua de cada día. ¡Oh, que yo pudiera hacerte sentir esto y llevarte a que te des cuenta de la fuerza del hecho!

Una vez más, dije que no dependíamos simplemente de Dios para las comodidades, sino para el poder disfrutar de las comodidades. Es un mal que hemos visto bajo el sol: un hombre que tenía riquezas y abundancia, pero que no tenía poder para disfrutar de ellas. He visto a un hombre hambriento y lleno de apetito, pero sin pan para comer, pero he visto un espectáculo tal vez más triste, un hombre con comida de la clase más lujosa, a quien el placer le parecía negado, a quien cada bocado era una cosa detestable.

El Señor no tiene sino que herir a Su juicio a cualquiera de nosotros sólo con nerviosismo, ese nerviosismo del que el fuerte puede reírse, pero que hace temblar al débil, y todo se volverá oscuro ante ti. No tiene más que afectar a alguna parte de tu cuerpo, y no verás ningún resplandor en el sol, los mismos campos perderán su verdor ante ti, el acontecimiento más feliz sólo será una fuente de oscuridad más profunda, mirarás todo a través de un cristal oscuro, y no verás nada más que oscuridad y desesperación.

No tiene más que tocarte con la enfermedad, y el movimiento puede ser dolor, e incluso acostarte en una cama puede ser una repetición de torturas mientras te mueves de un lado a otro. Peor aún, el Señor no tiene sino que poner Su dedo en tu cerebro, y te conviertes en un lunático delirante, o lo que puede parecer mejor, pero más despreciable, en un idiota.

Oh, qué poco tiene que hacer Él para derribarlo todo, para derribar ese poderoso castillo de tus alegrías, y oscurecer las ventanas de tu esperanza.

Estás, de nuevo, para la vida, para las necesidades, para las comodidades, tan absolutamente en la mano de Dios como la arcilla en la rueda está en la mano del alfarero. Puedes rebelarte, pero tu rebelión no es más que el retorcimiento de un gusano. Puedes murmurar, pero tus murmuraciones no pueden afectarle. Puedes pedir a tus camaradas que se alíen contigo contra el Dios Todopoderoso, pero Su propósito permanecerá firme, y debes someterte. Atado a las cadenas de hierro del destino, debes seguir el camino que Él te ordena, y debes sufrir o debes regocijarte en Su voluntad. Tiembla, oh, hombre, tiembla ante Dios, porque nunca estuvo la criatura en la mano de la criatura, como la criatura está en la mano del Creador.

Permítanme señalar brevemente que si esto es cierto en relación con las cosas temporales, es doblemente cierto en relación con las cosas espirituales. No hay gracia cristiana que tenga una partícula de auto existencia. La fe, el amor, el valor, son todas dulces flores, pero sus raíces están en Dios. Puede haber corrientes de gratitud en tu corazón, pero sus manantiales están en Él. Tu alma puede ser devota y consagrada, pero el mechón de tu devoción será trasquilado, como lo fue el cabello de Sansón, a menos que el Dios eterno lo preserve.

Si tú y yo hemos de resistir hasta el fin, si hemos de atravesar el valle de la muerte con calma, si hemos de presentarnos ante el trono de Dios con confianza, si hemos de entrar en la bienaventuranza con gozo, todas estas cosas han de venir de Dios. Porque si Él cierra el tesoro de Su gracia, o seca el canal de Su amor, el más noble cristiano que respira se convertirá en el más vil de los réprobos, y el que mejor ha servido a su Dios se convertirá en el más miserable siervo del infierno. Oh, aprende que dependes absolutamente de Dios. Él puede abandonarte, y ¿dónde estarás? Él puede ayudarte, y estarás seguro.

Así es con el pecador, él está en la mano de Dios para salvarlo o destruirlo. Puede entregarlo, como a Faraón, a la dureza de corazón, o puede derretir su corazón y doblar su obstinada voluntad. Puede arrojarle las riendas al cuello y decir: "Déjalo, Efraín se ha entregado a los ídolos", o puede hacer que se muestre dispuesto en el día de su poder, crear en él un corazón nuevo y un espíritu recto, y salvarlo de la ira venidera. Oh Dios, Tú estás por encima de todo y Tú lo eres todo. El hombre no es nada ante Ti. Tú tienes Tu voluntad. Tú haces lo que quieres entre los ángeles del cielo y entre los habitantes de este mundo inferior. "Tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén".

### III. Llego a mi tercer y último punto, a saber, **las lecciones de este tema.**

Primero, algunas lecciones para el santo, y luego para el pecador.

Al santo primero. Hijo de Dios, mira dónde estás. Tú, tú mismo, estás completamente en la mano de tu Dios. Tu vida, tu muerte, tu prosperidad en este mundo, tu crecimiento en la gracia, tu paz, todas las cosas descansan en Su soberana voluntad. Nada puede dañarte, a menos que Él lo ordene. Nada puede alegrarte, a menos que Él lo ordene. No descanses en tu propia mano. Que tu voluntad nunca sea tan testaruda, que tu mente nunca sea tan obstinada, o has de ceder alegremente, o has de someterte de mala gana. Estás absolutamente, y enteramente, y en todo respecto puesto a la voluntad y disposición de Aquel que es tu Dios.

Y ahora, hijo de Dios, déjame hacerte esta pregunta. ¿Estás afligido por esto? ¿Te molesta esta doctrina? Que Dios dejara a un lado Su cetro, dime, ¿estás preparado para empuñarlo? ¿Preferirías haber seguido tu propia voluntad antes que estar a disposición de Dios? ¿Preferirías que Él estuviera en todo, y que Él hiciera lo que quisiera, o que se te dejara a ti?

Los veo, ustedes, ejércitos innumerables de Dios, los veo doblar sus rodillas de inmediato, y clamar: "Oh Señor, te bendecimos porque no es así, te alabamos porque no has dejado nada a nuestra disposición, sino que Tú en todas partes tienes dominio". Esto no es para nosotros motivo de gemido, sino de júbilo y alegría. Enarbolamos nuestros estandartes con esta consigna: "El Señor reina". Vamos en nuestro viaje con esto como nuestro afecto constante, "Dios está aquí". Con esto como nuestro escudo, levantamos nuestro brazo contra la calamidad. Con esto como nuestra espada, nos lanzamos al fragor de la batalla contra el pecado.

El Señor reina: "Alégrese la tierra, alégrese la multitud de las islas". "Gran Dios, si pudiera hacerlo de otro modo, no lo haría. Si pudiera revertir Tu decisión, y si pudiera borrar las líneas de la prueba y escribir en su lugar las líneas doradas de la alegría, no podría y no lo haría. Si el libro de mi destino estuviera hoy en mi poder, no borraría ni una palabra ni insertaría una sílaba. Hágase en mí tu voluntad, no la mía, sino la Tuya".

Es fácil decir esto, pero oh, qué difícil es sentirlo cuando llega la hora de la prueba. Cuando las tinieblas llenan el cielo, cuando el ataúd yace en el cuarto silencioso, y el ser precioso duerme en los brazos de la muerte, cuando la marea ha barrido todo lo que tenemos, cuando la mendicidad nos mira fijamente a la cara, cuando la calumnia nos sigue por la espalda, todavía decir: "Jehová, Tus tempestades son mejores que mi sol, y la tormenta que Tú has preparado es mejor para mí que los días más brillantes si yo los hubiera hecho para mí mismo". Cuídate, hijo de Dios, de mantener firme e inamovible esta tu confianza, que tendrá gran recompensa de galardón.

Pero ten en cuenta otra cosa, oh heredero del cielo. Que tu conversación sea tal como conviene a esta doctrina. Habla de lo que harás y de lo que sucederá, siempre respetando el hecho de que el hombre propone, pero Dios dispone.

Cuando oigas a tu enemigo jurar alguna cosa mortal contra ti, sonríe, porque tu enemigo no es Dios. Y cuando te propongas a ti mismo algo que te parezca bueno y agradable, llora por tu propia necesidad si eres demasiado confiado, porque tú no eres Dios.

Sólo Dios puede prometer para alegrar a una mente sensata. Sólo Dios puede amenazar para alarmar a una mente cristiana. Las amenazas y promesas de Dios son verdaderas, pero ni las amenazas del hombre ni sus promesas valen las palabras con que se pronuncian.

Oh, mis queridos hermanos cristianos, probados como están algunos de ustedes de diversas y arduas maneras, desearía poder grabar a fuego esta verdad en sus almas. Pero Dios el Espíritu Santo debe hacerlo. Les ruego que se mantengan firmes en que está Dios en todo, y estoy seguro de que como resultado de ello se sentirán impulsados a orar más constante y fervientemente. Porque si está Dios en todo, llévalo todo a Dios. Si Dios te ha hecho mal, llévale el mal a Dios y Él lo arreglará. Esta misma estación del año sugiere oración. La oración puede quitar los vientos y detener las nubes, y dejar que el mundo infiel vea que es así.

En los días de aquel eminente ministro escocés, Robert Blair, había llovido terriblemente durante mucho tiempo, hasta que en el momento de la cosecha el trigo había crecido una pulgada después de haber madurado. El pueblo se reunió para orar, y aquel día llovió con más furia que antes. Sin embargo, se separaron con la firme convicción de que Dios había escuchado su oración. El señor Blair dijo a la asamblea que estaba seguro de que, aunque pareciera que Dios se burlaba de ellos, seguía siendo un Dios que escuchaba y respondía a las oraciones.

Aquella noche las nubes se dispersaron y se alejaron, y se recogió la cosecha. Parte del trigo se había echado a perder, pero la mayor parte estaba para recoger adecuadamente. Confía entonces en tu Dios. No lo tentéis murmurando, sino probadlo, no como hicieron los hijos de Israel, sino probadlo como nos exhorta Malaquías, y ved si no derramará bendiciones y hará que la tierra se regocije con la cosecha.

En todo caso, no seáis como los que tiemblan en el día de la calamidad. Quedaos quietos, hijos de Dios. Lleváis una armadura que ningún arma humana puede atravesar, habitáis dentro de una ciudad cuyos baluartes son inexpugnables. Que no os invada el miedo. Sed fuertes y valientes, vuestro Dios está con vosotros. Él es mejor que todos vuestros temores, es más, Él superará todas vuestras esperanzas. Enarbolad vuestros estandartes, gritad y regocijaos en Él. Dios está con vosotros, y el Señor Jehová reina.

Para concluir, mi última palabra es para el pecador. A ti, que no te has convertido, y que no tienes parte ni suerte en la salvación presente, te digo lo siguiente: Hombre, hombre, estás en las manos de Dios.

Si vivirás para llegar a tu hogar hoy o no, depende absolutamente de Su voluntad. Aunque seas rico, la riqueza que posees puede tomar alas y volar a Su voluntad. Él puede llenar tu cuerpo de dolores tan terribles que desearás la muerte misma para escapar de ellos. Puede hacer revolotear ante tus ojos visiones, tanto cuando duermes como cuando despiertas, que te asustarán tanto que preferirías la compañía de los demonios en el infierno a la soledad. Dios puede convertirte en tal infierno para ti mismo que buscarías cuchillo o veneno para escapar de tus propios pensamientos. Y Él puede hacer eso, y tú no puedes escapar. No hay alas que puedan llevarte por encima de Su dominio. Ninguna profundidad puede ocultarte de Su dominio.

Pero ahora, ¿cuál es el camino de la sabiduría? ¿Es prudente maldecir a Dios, en cuyas manos está tu aliento? ¿Es racional tratar con indiferencia a Aquel de quien dependes para el tiempo y para la eternidad? Tu propio interés te dictaría un camino más sabio. No estrelles tu cabeza contra la barrera de Sus escudos. No seas tan loco como para correr sobre Su reluciente lanza.

¿Qué te dice la sabiduría si la escuchas? Te grita: "Reconcílate con Dios". No puedes resistirle eficazmente, arroja tus armas y ríndete. ¿Y qué te dice la Escritura? Dice: "Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón". ¿Qué os dice la Iglesia? Dice: "Cristo nos ha recibido; la Esposa dice ven". ¿Qué os dice Cristo? "Yo, yo soy el que borro tus transgresiones por mí mismo". "Mirad a mí y sed salvos, todos los confines de la tierra". "Doblad la rodilla y honrad al Hijo, no sea que se enoje, y perezcáis del camino cuando se encienda un poco su ira".

Oh, Espíritu de Dios, habla a los necios y hazlos entrar en razón. Habla a los hombres que luchan contra Dios, y diles que tiemblen ante Él, y que se rindan, y busquen Su favor. Oh pecador, recuerda lo que Él ha dicho: "El que siendo reprendido muchas veces endurece su cerviz, de repente será destruido, y eso sin remedio". Escucha, en conclusión, esa dulce palabra Suya: "El que quiera, venga. El Espíritu y la Novia dicen ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente".